

¡Largas horas de angustia, de desesperación! Perdida toda esperanza, en vano se esperaba recibo de algún refuerzo. Había la seguridad de que la plaza tendría que sucumbir al fin y al cabo.

Como a las 12 y media, el tiroteo decreció un poco, y pudieron oírse las vigorosas notas del toque del clarín anunciando diana.

El ánimo, abatido hasta entonces, sintió el renacimiento de una remota esperanza de salvación. Una gritería estruendosa de ¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva el Ejército Federal! levantó por momentos inusitado entusiasmo.

—Han llegado refuerzos, se decía.

—Vino el Gral. Velasco, la Brigada de Argumedo, el Gral. Casso López.

Y en esta inteligencia vivimos largas horas, al cabo de las cuales la esperanza desaparecía, pues el fuego continuaba tan nutrido como siempre.

—¿Qué significaba entonces aquel toque de diana?

—Que las fuerzas federales que defendían la calle de Aramberry acababan de rechazar con grandes pérdidas al enemigo que hubo de retroceder bajo una copiosísima lluvia de balas hasta la Calzada de la Unión.

En términos generales, pero hemos relatado, aunque sea a vuela pluma, el primer día de combate; el día terrible, el del poderoso empuje, el del esfuerzo decisivo.

Faltaba la noche, que se avecinaba ya con sus sombras presagiadoras de espantos y desgracias. To dos abrigábamos la creencia de que los revolucionarios redoblarían su empuje para tomar la plaza a aquellas horas. La obscuridad los favorecería, ya que los federales se hubieran visto imposibilitados para hacer uso de sus dos cañones.

Como a las seis de la tarde cesaron los fuegos,

oyéndose solamente a largos intervalos, la descarga de algunos fusiles, o el rápido traqueteo de una ametralladora.

Así como dejamos relatado el día 23, relataremos a vuela pluma el 24, reservando para otros capítulos la narración suscita y detallada de todos los episodios que se registraron durante los dos días.

La noche había tendido su manto luminoso lleno de rosas de oro. El silencio envolvía a la ciudad entera. Un cielo azul, purísimo, evocaba horas de paz, de amor y de concordia.

Los astros reflejaban su brillo centelleante sobre las charcas de sangre de tantos y tantos muertos, y sus destellos llovían piadosamente sobre los bravos que su vida dejaron en cumplimiento de un deber sagrado.

CAPITULO IV.

Segundo y último día de combate.
La ciudad se salva. Llegan con
4,000 hombres los Grales. Oca-
ranza, Peña y Anaya.

Muchas fueron las personas que aprovecharon los momentos de tregua y relativa calma de las primeras horas de la mañana del día 24, para trasladarse de los lugares donde el día anterior la amenaza y el peligro fueron constantes, a aquellos sitios donde creyeron protegerse mejor.

¡Cuántas gentes abrigaron la creencia, la risueña esperanza de que todo había concluído!

Pero ¡oh desilusión! pocos minutos antes de las siete de la mañana, el formidable estruendo de la fusilería volvió a llenar de pavor a los espíritus, anunciando a la ciudad, sobrecogida nuevamente por el espanto, que se reanudaba la encarnizada lucha acaso con más bríos que el día anterior.

El estampido de los cañones hacía temblar la tierra. Un fuego desesperado y terrible arraigaba la creencia de que los federales se encontraban en situación angustiosa.

Y el refuerzo esperado no llegaba. No había en consecuencia esperanza ninguna de salvación.

Como a las 11 de la mañana, pudo notarse bien que el fuego a las afueras de la plaza decrecía rápidamente, pero que se redoblaba en las calles,

—¿Los carancistas habían entado ya al centro de la ciudad? ¿Quiénes hacían aquel fuego nutridísimo y graneado sobre los defensores de la plaza?

Muchas eran las casas de cuyas azoteas, los simpatizadores del movimiento revolucionario, creyendo tal vez ya conquistado el triunfo por los asaltantes, disparaban sus armas sobre los puestos defendidos por los soldados de la federación.

Más de tres horas duró aquel tiroteo desesperado. Una lluvia de balas caía sobre las techumbres. Era peligrosísimo a aquella hora permanecer en algún sitio que no estuviera protegido por paredes.

Los defensores del Palacio de Gobierno lograron al fin, después de tres largas horas como dejamos dicho, acallar aquel fuego de mansalva.

Pero las descargas volvieron a escucharse hacia los extramuros de la plaza. Eran las dos de la tarde. De pronto, un rumor extraño turbó la quietud cementerial de las calles; oíase un vocerío sordo

Tímidamente se abrieron algunas puertas y

ventanas, y pudo verse entonces allá a lo lejos, que por las calles de Matamoros y Dr. Mier avanzaban rápidamente miles y miles de hombres vestidos de amarillo.

¡Eran los federales, el anhelado refuerzo que en vano se había esperado tantas y tantas horas!

Media hora después, el centro de la ciudad mirábase inundado de tropas que tomando la calle de Zaragoza se dirigían al Palacio del 5 de Mayo

Grandes y chicos, propios y extraños, todo el mundo sin distinción de clases ni de sexos, olvidando el peligro, firme ya la esperanza tantas veces diluida, asomaban los rostros donde se dibujaba una emoción intensa, y aplaudían frenéticos al paso de los federales lanzando vivas al Supremo Gobierno.

¿Quiénes habían llegado y cuántos hombres serían?

Bien pronto se supo la respuesta a esta pregunta formulada en medio de una fiebre de regocijo.

Acababan de llegar por la ruta de Saltillo, en número de cuatro mil hombres de las tres armas, las poderosas columnas de los Grales. Eduardo Ocaranza, Luis G. Anaya y Ricardo Peña.

La artillería por delante, resguardábala la infantería abierta en dos inmensas hileras sobre las banquetas.

Las brigadas de caballería, produciendo un ruido que volvió el entusiasmo a los espíritus, entraban por las calles de Zaragoza y Juárez.

¡La ciudad se había salvado! Si cuatro mil revolucionarios que furiosamente atacaban no habían podido vencer en dos días de combate a solo seiscientos hombres diezmados por el hambre, el cansancio y la fatiga, menos podrían dominar a cuatro

mil hombres que llegaban ansiosos de entrar a la pelea

Enormes cantidades de parque llenaron nuevamente los sitios ocupados en el Palacio de Gobierno, por las cajas que se habían agotado casi completamente.

Diez minutos de tardanza en la llegada de estas columnas, hubieran decidido la victoria en favor de los rebeldes y expuesto a la ciudad a una revancha terrible.

El parque que había en el Palacio, apenas si alcanzaba para sostener el fuego por dos horas más y proteger en último caso la retirada de los defensores.

Los bravos soldados que como dejamos dicho, tenían más de seis días de estar en continua brega, desde los alrededores de Monterrey hasta en sus mismas calles, pudieron al fin tener un momento de descanso, pues fueron relevados por los que acababan de llegar.

Bien pronto se notó que nuevas fuerzas eran las que se las habían con los rebeldes.

El fuego decreció como a las 5 y media de la tarde, y cual si fuera inspiración divina, todos adivinamos que los rebeldes empezaban a batirse en retirada.

Dos horas más tarde, a las 7.30 de la noche, todo fuego había cesado. Las calles comenzaron a ser recorridas por numerosas patrullas de soldados de caballería, cuyos jinetes eran a veces llamados por los vecinos que preguntaban ansiosos sobre el giro de los acontecimientos.

¡Se han retirado ya! decían serenamente.

La calma y el silencio confirmaban su dicho, pero más elocuentemente el enrojecimiento del horizonte hacia la parte Norte de la ciudad. Los revolucionarios, derrotados y maltrechos, habían en su



Carreteras del Internacional.—Manzana destruída totalmente por la calle de Cuauhtemo.

retirada incendiado importantísimas fábricas, talleres y comercios de los que estuvieron comprendidos en el radio que fué su dominio durante los días de ataque.

Para las nueve de la noche todo peligro había desaparecido. De vez en cuando se escuchaban algunas detonaciones. Eran de los soldados federales encargados de ejecutar a los carrancistas que aprehendieran y que no pudieran escapar al ordenar sus jefes la retirada.

Sabíase que en varias calles y en las esquinas de la plaza del 5 de Mayo, había varios carrancistas colgados a los postes de la luz.

La ciudad ha de ofrecer, decíase para sí, el aspecto más horrendo.

El manto de la noche, salpicado de estrellas relucientes, inundaba las almas de confortante quietud. Al fin podía respirarse a pulmón lleno; acaso conciliaríase el sueño tras largas horas de terrible insomnio.

La luz del alba apuntaría sonriente pocas horas después; horas que se aguardaban con ansia indescriptible.

CAPITULO V.

¡La ciudad se ha salvado! Las calles de Monterrey, libres de todo peligro, vuelven a verse invadidas por la avalancha de sus hijos.

Apenas los primeros destellos de la aurora habían iluminado la montaña que enhiesta se alza

por el Oriente, y fué testigo mudo de la espantosa tragedia, el toque de diana anunció a la ciudad que estaba libre, que el nubarrón del Norte habíase disipado.

Las gentes madrugadoras se echaron a la calle ansiosas de visitar todos los sitios donde la lucha fuera más reñida y sangrienta.

Para las 7, las puertas de las casas se abrían de par en par, y se inundaban las calles de una avalancha humana incontenible.

Escenas conmovedoras mirábanse por doquiera. Los padres abrazaban a los hijos con lágrimas de regocijo corriendo en el semblante. El mundo entero, confraternizado en aquel momento, se estrechaba en abrazos efusivos.

La ciudad ofrecía un aspecto doloroso y triste, en medio de la alegría que causaba el verla libre de amenazas.

Frente a la plaza de Zaragoza, en un poste situado junto a la banqueta del Palacio Municipal, yacía suspendido al aire por medio de una soga, el cadáver de un revolucionario que según se ha sabido ahora después, fué el único que escabuyéndose y salvándose milagrosamente del fuego de las avanzadas federales, fué el único, decíamos, que logró entrar al centro de la población.

Llegaba a la esquina del Hotel Ancira, convertido en baluarte por los federales, cuando una descarga lo dejó tendido.

Su aspecto era horrible. Con el rostro hecho pedazos, la sangre, coagulada, habíale apelmasado el rebelde cabello y el bigote, que daba a su semblante una mueca grotesca y dolorosa.

Así por el estilo, yacían otros cadáveres en los postes de las esquinas del Palacio de Gobierno.

La plaza del 5 de Mayo ofrecía un cuadro indescriptible. Caballos muertos, postes y alambres

derribados; el jardín hecho pedazos, estaba convertido como en agostadero.

La parte posterior del hermoso edificio del Palacio de Gobierno, presentaba en su contraesquina con el templo del Sagrado Corazón de Jesús, los tremendos destrozos causados por los bombazos y las metrallas disparadas por los carrancistas.

Las calles adyacentes eran vivaques donde la tropa, apiñada, se entregaba a disfrutar de breves momentos de descanso.

Todavía á esas horas, como a las 9 de la mañana, se llevaron a cabo algunas ejecuciones, entre ellas, las de un viejo setenteño a quien se había sorprendido con cartuchos de dinamita escondidos en la falda de la mugrienta camisa.

Ahí mismo, hacia el lado Oriente de la plaza, junto a las paredes de un mesón que colinda con la Botica de Washington, recibió la descarga de cuatro mauseres.

Después de las terribles e intensas conmociones sufridas, nada había ya que impresionara el espíritu: ni las ejecuciones ni el espantable aspecto de los ejecutados.

Los muertos habían sido recogidos en aquel sitio, pero no así en las calles situadas hacia los extremos. Por la barriada de La Luz, se miraban en todas las esquinas diseminados los muertos, así de los que pelearon defendiendo la ciudad como de los que, en un instante de inconcebible audacia se arrojaron sobre ella.

La piedra pública había regado de flores el rostro de los federales, cruzando cristianamente sus brazos sobre su pecho.

Pocos momentos antes de efectuarse la ejecución a que antes nos hemos referido, el C. Gobernador del Estado, Lic. don Salomé Botello, de cuyo comportamiento debe hacerse el más caluroso

elogio, daba órdenes a su Secretario Particular Lic. Santiago M. Zambrano, para que redactara el parte que había de transmitirse al C. Presidente de la República, comunicándole el triunfo que acababan de alcanzar los heroicos soldados federales.

Antes de referirnos al comportamiento de todos y cada uno de los Jefes y oficiales de la guarnición de la plaza, es del todo necesario rendir un homenaje de admiración y eterna gratitud al señor Gral. don Adolfo Iberri, para quien la posteridad tendrá bendiciones y perpetuará su nombre en monumentos de mármol y de bronce.

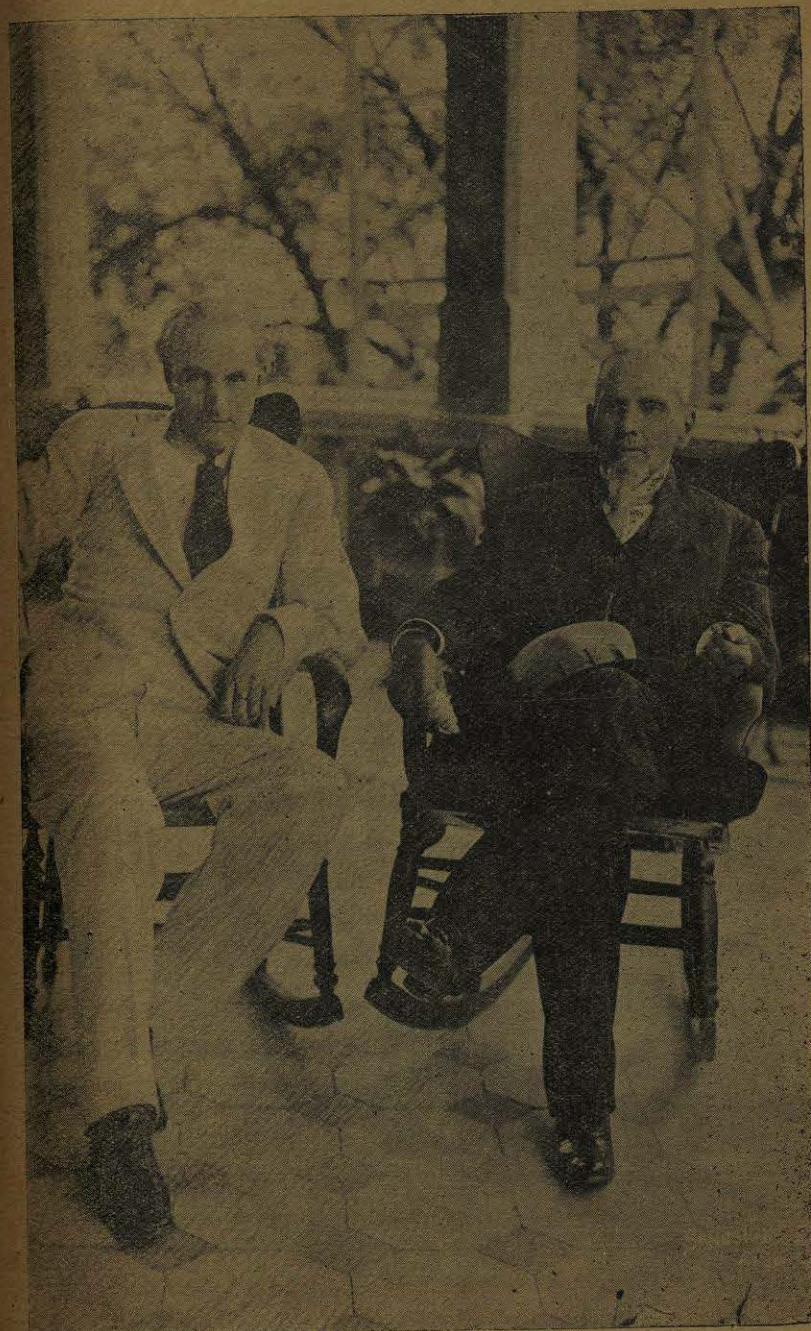
CAPITULO VI.

El Gral. Gerónimo Treviño prisionero de Jesús Carranza. La persecución y su rescate por la caballería del Gral. Ricardo Peña.

Con la velocidad vertiginosa del rayo, se esparció a las primeras horas de la mañana del día 25, la noticia de que el señor Gral. Don Gerónimo Treviño había sido hecho prisionero en su lujosa residencia de las calles de Puebla e Isaac Garza, por el jefe revolucionario Jesús Carranza.

Los hechos sucedieron como a las ocho de la mañana del día 24. Los carrancistas, que habían dominado por completo la parte Norte de la población, llegaron a las puertas de la casa del noble veterano neolónés, pidiendo hablar con él.

Su estimable Sra. esposa doña Guadalupe Zambrano de Treviño, fué la primera en apersonarse



Señor Gral. Gerónimo Treviño y Philipp C. Hanna, Cónsul de los EE. UU. en Monterrey de cuyo comportamiento en los días trágicos corren diversas versiones.

con los rebeldes, diciéndoles que no hicieran daño a su casa, que ella era la esposa del Gral. Treviño, y además, pariente del extinto Presidente D. Francisco I. Madero.

Ni la invocación del nombre del jefe del movimiento insurreccional de 1910, ni súplicas ni nada, valieron a la Sra. Zambrano de Treviño.

Los rebeldes exigían cada vez más descompuestos en su tono, la presentación ya no solo del anciano General, sino también de su hijo José Gerónimo.

Tan luego como apareció el señor Gral. Treviño, los revolucionarios lo hicieron prisionero, llevándolo sin consideraciones de ningún género, expuesto a mil peligros bajo la lluvia de balas, a presencia de Jesús Carranza, que se encontraba a esas horas en las Bodegas de los Sres. Armendáiz.

Ahí quedaba cautivo el vencedor de Sta. Isabel, mientras que los rebeldes daban rienda suelta a su espíritu destructor, haciendo garras los muebles finísimos, alfombras, cortinas y cuadros, entre estos uno del Gral. Porfirio Díaz, que decoraban los diversos departamentos de su regia mansión.

Cuando a las últimas horas de la tarde del día 24, Jesús Carranza ordenó la retirada de sus huestes, dispuso al mismo tiempo que se diera un caballo al Gral. Treviño.

En el acto fué ofrecido al anciano divisionario un potro semibruto que se negó a montar diciendo que mejor lo fusilaran.

Ante la negativa rotunda, ante la disyuntiva en que se hallaba, el cabecilla Carranza, dibujando en su rostro rebeldemente barbado un gesto de conmiseración, pidió que se proporcionara al General un caballo que pudiera montar.

Así se hizo, y el ilustre cautivo hubo de acompañar en su éxodo infernal a los rebeldes

Los revolucionarios, la retaguardia de los revolucionarios más bien dicho, entre la cual camina ba el Gral. Treviño, pernoctó aquella noche cerca de un punto denominado La Estancia.

En un cuartijo de adobes que se alza en medio del llano, fué depositado bajo estricta vigilancia el Gral. Treviño.

Ahí permaneció hasta el día 26 a las 11 de la mañana, en que lograron rescatarlo las fuerzas rurales de caballería que a las órdenes del bizarro General Ricardo Peña, emprendían encarnizada y tenaz persecución tras de los carrancistas.

El mismo día 26 regresó el señor general Treviño a Monterrey, llegando al Palacio de Gobierno a las dos en punto de la tarde, en medio de las aclamaciones y el entusiasmo del pueblo.

Mientras tanto, los ojos, preñados todavía con espantables cuadros, iban, continuamente fijos, en la persecución que hacía el General Peña.

Una aureola de simpatía vivísima se ha formado en torno de este Jefe, que es, como dijera el historiógrafo de don José Ma. Morelos, un rayo de Dios en la pelea. Pocos jefes habrá sin duda alguna en nuestro Ejército, tan atrevidos como él y tan competentes para mover brigadas de caballería y arresgarse en empresas tremendas y peligrosas.

La carga formidable que sobre los carrancistas dió el día 24 apenas hubo llegado de refuerzo a la ciudad, fué de seguro uno de los factores más importantísimos y salientes para alcanzar la victoria.

Pero veámos, sigámoslo, mejor dicho, en su camino.

Los revolucionarios tomaron al retirarse de los muros inexpugnables de Monterrey, los derroteros del Norte, pasando por la Hacienda del Cana

dá, Sto. Domingo, Agua Fría y San Francisco de Apodaca.

Fué en este último lugar, donde el día 25 como a la 1 de la tarde, descansaban de su carrera fatigosa y forzada los revolucionarios que en número de mil se habían quedado ahí, y cuyas cabalgaduras, todas de magnífica lámina, pastaban en las labores listas ya para ser levantada la cosecha.

Serían las 3 de la tarde, cuando súbitamente, quinientos rurales de los pertenecientes a la brigada de Peña, o sea a la caballería de la muerte, se presentaron frente al enemigo listos para emprender, como emprendieron, una formidable carga.

Unos cuantos revolucionarios que tenían sus rifles a la mano, dispararon sobre sus perseguidores, mientras otros echaban a correr sin haber tenido tiempo a ensillar sus caballos.

El golpe arrollador de los rurales envolvió en un momento a los fugitivos, cuyas cabezas fueron cercenadas por el golpe terrible de sus sables.

Cerca de seiscientos cadáveres quedaron exparcidos por el suelo.

El mismo señor general Peña, había logrado dar alcance a los rebeldes, causándoles innumerables bajas y apoderándose de un convoy en donde conducían enormes cantidades de mercancías valuadas en cien mil pesos.

Bástenos para terminar este capítulo, decir que los carrancistas, acosados por Peña, se alejaron bien pronto del territorio nuevoleonés, presentando su última débil resistencia en el lejano pueblo de Los Herreras, situado en el límite de N. León y Tamaulipas.

